

nos de la soledad. « Frecuentemente hemos visto en nuestros desiertos, dice, el que paganos y hombres de mundo, de frios y calientes que antes eran se han hecho fervorosos y verdaderamente espirituales ; pero no hemos visto que los que se hallaban en el estado de tibieza y animal se hiciesen perfectos... »

---

### SAN MOISÉS EL ETIOPE <sup>1</sup>

No podemos comenzar mejor la vida de San Moisés que por la piadosa observacion que hace uno de sus historiadores, Bolando. Nadie, dice él, está excluido del reino de los cielos ; ya sea de vil condicion como los esclavos, ó de un natural feroz como los Escitas, ó negro como los Etiopes, ó finalmente insigne pecador, todos son introducidos allí, con tal que de ello se hagan dignos por la santidad de la vida, ó por una sincera penitencia. Esto es lo que se ve admirablemente en San Moisés que fué esclavo, que fué más cruel que un Escita, que era Etiope, que estuvo cargado de pecados y que llegó á ser un célebre penitente <sup>2</sup>.

Su historia es tanto más útil y edificante, cuanto que puede servir de modelo de una perfecta conversion á los más grandes pecadores, ó hacerles inescusables cuando se niegan á convertirse, bajo pretexto de la enormidad de sus

<sup>1</sup> Paladio Casiano; Sozomeno, Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier.

<sup>2</sup> Los antiguos llamaban Etiopes á los habitantes de las regiones más meridionales del mundo conocido, y en un sentido mas estricto, á los pueblos de la parte de la Arabia, situada á la orilla del mar Rojo, y de la parte de Africa que se extiende al sud de Egipto, desde las cataratas del Nilo hasta el Delgado. Es probable que San Moisés era de esta última region.

crímenes, de la violencia de las tentaciones y de la fuerza de las malos hábitos. San Moisés tuvo que vencer todo esto, y lo venció todo con la gracia del Señor.

Acabamos de decir que era Etiope, negro por consiguiente como las gentes de aquel ardiente pais <sup>1</sup>, de una talla muy alta, y tan robusto que se hallaba en estado de deshacerse él solo de cuatro hombres, segun veremos en el curso de su historia. Tenia la conciencia todavia más negra que el cuerpo. Al principio fué esclavo de un rico burgués, otros dicen de un magistrado ; y muy lejos de llenar junto á él los deberes de un buen criado, solo mostraba una desdichada inclinacion á toda suerte de vicios, y se portaba como el peor de todos los hombres. La cólera de su amo, y hasta los castigos no le servian, segun parece, sino para hacerle más malo. Finalmente su amo, cansado de no poder obtener nada de su indócil natural, le echó absolutamente de su casa.

El partido que tomó al salir de ella, muestra cuán corruptas eran sus inclinaciones. Hizose jefe de una partida de ladrones y ejerció mil latrocinios. Su fuerza y ferocidad le sirvieron para acumular crímenes que sembraron el terror por todas partes con el odio de su nombre. Uno solo bastará para dar á comprender cuánto en efecto era temido y formidable. Un pastor le habia impedido ya por el ruido que hicieron sus perras, ya por alguna señal que él mismo hizo de ejecutar un mal designio. Llenóse al instante de un tal furor, que le buscó por todas partes para matarle. Supo que estaba á la otra parte del Nilo, y aun cuando el rio estaba desbordado, y tenia más de mil pasos de ancho, púsose sobre la cabeza sus vestidos, su espada entre los dientes y lo atravesó á nado. El pastor que le vió pasar, comprendió que le buscaba á él, y corrió á esconderse en una cueva. No encontrándole Moisés, se vengó con su rebaño. Mató cuatro de sus mejores carneros, atólos, y volvió á pa-



sar el río á nado, arrastrándolos tras de sí. Desde allí se fué á una ciudad en la que, despues de haberlos desollado y haber comido lo mejor de ellos, vendió las pieles para comprar vino, con el que cargó su vientre, y volvióse al lado de los compañeros de sus latrocinios, que estaban reunidos á cincuenta millas de allí.

De esta manera llevaba una vida horrible bajo todos conceptos, cuando Dios le tocó el corazón con su gracia é hizo de él un perfecto penitente. No se sabe en qué ocasion se verificó en él este cambio tan admirable. Los autores lo cuentan diferentemente Paladio dice que fué por cierto suceso que le aconteció sin decir cuál era este. Casiano dice que siendo perseguido por un asesinato que habia cometido, se refugió en un monasterio, y que la feliz necesidad en que se encontró de ocultarse para evitar el suplicio, le dió ocasion de hacer en fin voluntario su retiro, y convertirse sinceramente. Pero en otro lugar de la *Vida de los Padres*, se dice que esto sucedió despues que hubo oido hablar á un hombre de bien sobre el estado de los buenos y de los malos despues de esta vida, sobre la terrible separacion que Dios hará de ellos en el juicio, sobre los horribles tormentos con que castigará eternamente á los que han vivido y muerto en el crimen, y sobre la gloria inefable que él reserva á los justos en compañía de los santos ángeles; y dícese que quedó tan penetrado de todo esto, que se puso á sollozar, á gemir y á dèrramar cantidad de lágrimas y que se fué á un monasterio para hacer penitencia.

Es difícil de conciliar estas opiniones; pero de cualquier modo que tuviese lugar su conversion, es cierto que fué sincera. Fuése al monasterio con un vestido rasgado, con el corazón penetrado de compuncion, con el rostro cubierto de lágrimas, y presentóse á los religiosos con un porte humilde, dando muestras de un vivo pesar de sus crímenes. Pero los religiosos, llenos de espanto al verle á causa de su

mala reputacion, dieron al principio muestras más bien de pena al recibirle, que no de confianza que les inspirase. (Bol. I ibid P. 120.) Presentóse sin embargo al superior, é hízole públicamente la confesion de sus pecados, entrando no solamente en el detalle de sus actos criminales sino tambien de sus más secretos pensamientos, y manifestando de este modo todo cuanto tenia en su conciencia, porque no habia ningun crimen del cual no desease purificarse con la penitencia.

Rogó pues con instancias que le pusiesen en camino de salvacion, y que le concediesen la prenda segura de ello vistiéndole el hábito monástico. Para esto permaneció muchos dias á la puerta del monasterio, segun la costumbre de los que pedian ser recibidos. Finalmente, reconociendo el superior por sus lágrimas y perseverancia que su cambio era sincero, y admirando en este tan contrito penitente la grandeza de la misericordia del Señor, abrazóle tiernamente, vistióle el hábito religioso, y admitiéndole en el número de los hermanos, le dió los consejos que juzgó á propósito para la conducta que debia guardar.

Aprovechóse tan bien de ellos, que pareció en poco tiempo tan formado en las virtudes religiosas como si hubiera sido ejercitado en ellas desde muchos años. Podia tener entonces venticinco ó treinta años. Era exacto en todos los deberes regulares, en los ayunos, en las vigalias y en las oraciones; cumplia con alegria con todo lo que se le mandaba para el servicio del monasterio. No se alimentaba más que de pan y agua, y algunas veces estaba tres ó cuatro dias sin tomar nada. Pasaba las noches enteras sin dormir, y sobresalia en humildad y compuncion, gimiendo su cesar y derramando torrentes de lágrimas.

Finalmente su penitencia fué hasta tan edificante que un hombre, llamado Clemon, que habia sido el compañero de su libertinaje desde su más tierna edad, quiso ser el imita-



dor de su conversion, y se entregó al servicio de Jesucristo.

Hay que seguirle al presente al desierto de Sceté y de Calamo, en donde el gran San Macario gobernaba á los solitarios, y mostrar cuáles fueron los combates que allí sostuvo contra los demonios y las virtudes que practicó. Fué probablemente en estos principios, cuando le sucedió lo que refiere Paladio, en su *Historia Lausiaca*. Hemos notado que era grande y extremadamente robusto, y entonces sus austeridades no le habian todavía disminuido las fuerzas. Cuatro ladrones que no le conocian fueron á echarse sobre él en una celda, en la que se hallaba solo; cogiéndoles á los cuatro, les ató, dice Paladio, como un manojo de paja, y llevólos de este modo sobre sus espaldas hasta la iglesia, en donde, habiendo encontrado reunidos á los solitarios, les dijo: « Estos hombres han venido á atacarme; pero como no me está permitido hacer mal á nadie, ordenad lo que quereis que haga de ellos. » Fácilmente puede presumirse la admiración de los solitarios; pero la de los ladrones que se encontraron allí atados debió de ser mucho mayor. Confesaron su falta delante de Dios; y habiendo sabido que el que les habia atado de aquella manera era Moisés, dijeron entre sí: « si este hombre que tenia una fuerza tan grande y que era tan famoso ladrón ha renunciado á todo y vive al presente en un tan gran temor de Dios, ¿ porqué diferimos nosotros más el pensar en nuestra salvacion? » Así que movidos á arrepentimiento, á ejemplo suyo, renunciaron á sus latrocinios, abandonaron el mundo y se hicieron excelentes solitarios.

Su primera morada, después que se hubo ejercitado en el monasterio en las prácticas de la obediencia fué en el desierto de Sceté, bajo la direccion de San Macario. Propóníase vivir allí en un gran retiro; pero los hermanos iban á visitarle frecuentemente é interrumpian su reposo. Fué á

quejarse de ello á San Macario, y este Santo que comprendió que no se atreveria á negarse á los que pedian verle, le aconsejó que se retirase á un lugar más adentro del desierto que se llamaba Petra.

Era este un peñasco situado en el desierto de Calamo, llamado tambien de Porfirion, que formaba parte del desierto de Sceté, y estaba á siete ú ocho jornadas de los lugares habitados.

Mientras iba allá, su espíritu se vió agitado por el temor de que le faltase agua; porque este peñasco habia de ser del todo árido. Pero Dios le animó con una voz que le dejó oír y que le dijo que fuese allá y no pasase pena de nada. En efecto, la providencia proveyó á sus necesidades como se lo habia prometido. Unos hermanos fueron á verle, y no tenia él más que un cantarito de agua que empleó en hacerles cocer lentejas. En este extremo rincón salia de tiempo en tiempo de su celda rogando á Dios y quejándosele amorosamente de que después de haberle colocado en aquel desierto no le proporcionaba el agua necesaria para apagar la sed de sus siervos; y al mismo tiempo una nube cubrió el peñasco y derramó una lluvia que llenó de agua todos los depósitos que habia hecho.

Halló en aquella soledad el reposo que buscaba, al menos por parte de los hombres; porque estando su celda tan distante de las demás, iban á ella mucho más raras veces; pero á falta suya los demonios le declararon una cruel guerra por las tentaciones de que fué atacado. Quizás estos combates que tuvo que sostener empezaron antes que se fuese á Petra; pero como no estuvo allí tanto tiempo como en este último lugar, presumimos más bien que este último desierto fué su principal teatro. Dios ha acostumbrado alimentar con la leche de su gracia á los que entran nuevamente en su servicio. Háceles gustar las dulzuras de la piedad, y les conduce como niños todavía débiles y á quie-



nes hay que conquistar con la suavidad de la devocion. Frecuentemente en este estado no se siente el esfuerzo de las pasiones y uno es llevado, por decirlo así, en alas de la gracia; pero pronto vienen las pruebas, y aquellas pasiones que parecian amortiguadas se despiertan con furor, y sirven para aquellos que antes de su conversion habian tenido la desgracia de seguirlas, de medio de penitencia por los ataques que de ellas sufren y los esfuerzos que se ven obligados á hacer para resistir á ellas.

El excelente penitente del cual hablamos, hizo la prueba de esto. Los demonios procuraron despertar en él, dice Paladio, las peores pasiones, y le tentaron tan vivamente que poco faltó, como él mismo lo contaba despues, que no renunciase á su resolucion. En este extremo fué á encontrar al gran Isidoro, sacerdote del desierto de Scete y celebre por la santidad de su vida y la sabiduria de sus consejos. Este siervo de Dios procuró consolarle, y le dijo que no se admirase de esta tentacion, puesto que no haciendo más que principiar á abandonar sus malos hábitos, estos le inducian todavia á buscar las cosas que antes habia seguido. Que sucedia con estos hábitos como con un perro que tiene costumbre de ir á roer huesos á una carniceria, el cual vuelve siempre á ella mientras tiene proporcion de entrar en la misma; pero que si no se le dá ya nada y si aun se cierra la carniceria entonces, como dice él, no vuelve más y va á buscar en otra parte el modo de saciar su hambre. Así tambien, añadia, si continúais ejercitándoos en la continencia mortificando la carne y reprimiendo la gula que es el alimento de la impureza, el demonio que os tienta no encontrando ya por decirlo así en vos con qué alimentarse, se cansará por último y os dejará.

Moisés, fortalecido y consolado por esta saludable instruccion, se encerró en su celda y se dedicó á macerar su cuerpo con diferentes austeridades, sobre todo con el ayu-

no, no comiendo otra cosa que doce onzas de pan al dia, trabajando mucho y haciendo cincuenta oraciones.

Pero el tiempo de verse libre de sus tentaciones no era llegado todavia. Dios, que queria acrecentar cada dia más sus méritos acumulando sus victorias, permitió que por más que hizo para abatir su cuerpo, no dejó de sublevarse contra el espiritu, particularmente durante el sueño. Esto le obligaba todavia á recurrir al consejo de los otros, y habló de ello á un anciano del desierto, que pasaba por un religioso de muy probada virtud. Tillemont sospecha que este podia ser el celebre abad Silvano, que se dice haberle dado muchas instrucciones sobre otras materias. « ¿ Qué debo yo hacer, Padre mio, le dijo? Mis sueños derraman tinieblas en mi espiritu, y aquella antigua costumbre que habia tenido hácia el mal, hace que mi alma se complazca en él. » No es que, hacen notar muy bien los continuadores de Bolando, no es que esto fuese en él una complacencia voluntaria, puesto que no puede aliarse con todas las precauciones que tomaba para librarse de ellas, empleando ayunos, oraciones, ú otras practicas laboriosas. Él sentia pues aquel placer malo á pesar suyo, y aquel sentimiento que estaba en él no era suyo, porque su voluntad no tomaba en el mismo parte alguna.

Así que aquel santo hombre le respondió: « Esto procede de que no apartais bastante vuestro espiritu de estas imaginaciones. » Y en efecto, sucede algunas veces que las almas que tienen temor del Señor, reflexionando sobre esta clase de tentaciones por el horror ó la pena que de ellas tienen las excitan más, y más y entonces es para ellas más seguro el apartar su espiritu de aquellas odiosas imágenes, que no el dejarse preocupar de ellas con la turbacion que les causan. Creedme, añade el Santo: acostumbraos á velar; orad con atencion y vereis cómo cesa la tentacion. »

Volvióse en seguida á su celda muy resuelto á aprove-



chase tambien de este consejo, y siguiólo con tanto rigor, que pasaba todas las noches en pie en medio de su celda, sin siquiera cerrar los ojos, orando de continuo, y ni siquiera poniéndose de rodillas para orar, de miedo que su cuerpo, con este cambio de posicion, no recibiese algun alivio, y que el demonio no tomase de ahí ocasion para tentarle. Hizo esto durante seis años; y sin embargo con tantas vigiliass, ayunos, oraciones y trabajos, no se vió todavia libre de aquel porfiado demonio que le asediaba.

Fué una vez hasta tentado por él con tanta violencia que no sabiendo casi á qué resolverse, salió de su celda y fué tambien á encontrar al gran Isidoro. Este le consoló lo mejor que pudo, sirviéndose para ello de muchos pasajes de las sagradas Escrituras, y procuró inducirle á que volviese en paz á su celda. Pero Moisés, temiendo las tentaciones que alli sufría, le dijo que no tenia ya valor de volver á ella. Entonces Isidoro hizole subir á lo alto de su casa y le dijo que mirase hácia Occidente. Miró alli y vió un gran número de demonios todos en turbacion y en alboroto, como gentes que se preparan para ir al combate. Díjole en seguida que mirase hacia Oriente, y vió alli una innumerable multitud de espíritus celestiales llenos de majestad y más brillantes que el sol. Isidoro le dijo: « Los que habeis visto hacia Occidente son los que atacan á los siervos de Dios; y los que habeis visto hacia Oriente son los que Dios envia para defenderles. Reconoced pues que, como decia el profeta Eliseo, tenemos más con nosotros que contra nosotros, y que San Juan tenía razon de decir, que el que está con nosotros es más grande que el que está en el mundo. »

Moisés, animado y fortalecido de esta manera con estas palabras y con esta vision, volvióse á su celda, bendiciendo al Señor por su infinita bondad. Entró con menos brios en el combate y hasta emprendió un nuevo género de austeridades que fué uno de los más laboriosos que pudo empre-

der. Este consistió en ir todas las noches á las celdas de los anacoretas, los cuales, por la caducidad de su edad y de sus grandes austeridades, no tenian fuerzair para á buscar el agua que necesitaban. Tomaba pues todos los cántaros sin que ellos lo supiesen é iba á llenarlos ya á media milla, ya á dos ó á cinco millas, (lo que hacía diez leguas), segun que las celdas estaban más ó menos apartadas.

Esta industriosa caridad que hacía que se dedicase á una tan gran fatiga animó al demonio de furor contra él. El cual no se contentó entonces con atacarle en la imaginacion, sino que mientras estaba inclinado sobre el pozo para llenar uno de estos cántaros, dióle en los riñones un tan fuerte golpe de maza, que cayó como muerto en el sitio, sin conocimiento, sin sentidos, y sin que siquiera pudiese saber quién le habia golpeado.

De esta manera pasó lo restante de la noche, y un solitario que al dia siguiente fué allá para sacar agua, le halló como si hubiese estado á punto de espirar. Corrió al instante á dar aviso de esto al sacerdote Isidoro, el cual fué allá acompañado de algunos otros hermanos, llevóle á la iglesia en la que estuvo enfermo un año entero, teniendo mucha dificultad en recobrar sus fuerzas.

Cuando las hubo recobrado, Isidoro le dijo: « Cesad, hermano mio, de irritar á los demonios contra vos y de insultarles con rigores excesivos. Hay que usar de moderacion aun en los mismos brios que manifiesta uno contra ellos (quirás, hace observar Tillemont, le decia esto para tentarle): » pero el Santo le respondió: « Yo no cesaré de combatirle si él no cesa de atormentarme con sus ilusiones en mis sueños. » Viendo Isidoro la firmeza de su buena resolucion anadió: « En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, desde este momento cesarán todos vuestros sueños. Tened buen ánimo y no temais acercaros á la sagrada Eucaristia. « Los continuadores de Bolando, han notado muy juiciosa-